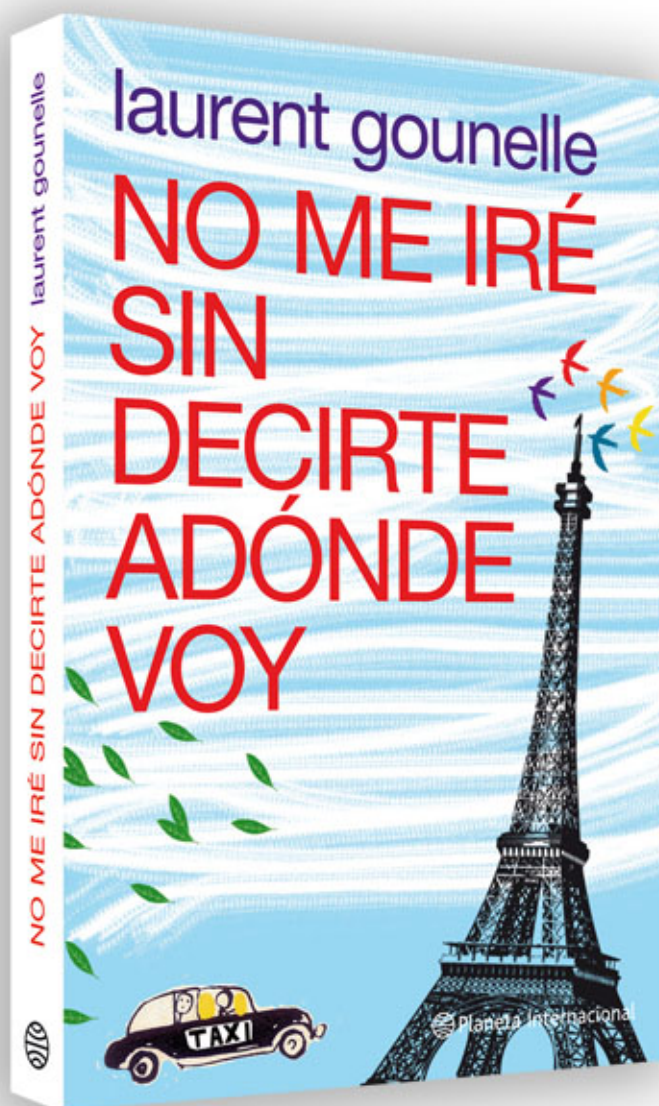


1er. Capítulo

No me iré sin decirte adónde voy

Laurent Gounelle



La novela que te cambiará la vida

 Planeta

Laurent Gounelle

NO ME IRÉ SIN DECIRTE
ADÓNDE VOY

Traducción de Juan Camargo

1

La noche suave y tibia me envolvía. Me tomaba en sus brazos, me llevaba. Sentía mi cuerpo disiparse en ella. Tenía ya la sensación de flotar por los aires.

«Otro paso...»

No tenía miedo. En absoluto. El miedo me era extraño, y si su nombre me venía a la mente era sólo porque había temido su aparición hasta el punto de obsesionarme con él esos últimos días. No quería que surgiese y me contuviese, que lo estropeará todo.

«Un pasito...»

Había imaginado que oiría el clamor de la ciudad, y estaba sorprendido por la calma. No el silencio, no, la calma. Los sonidos que llegaban a mis oídos eran suaves, lejanos, y me mecían mientras mis ojos se perdían en las luces de la noche.

«Un paso más...»

Avanzaba lentamente, muy lentamente, sobre la vigueta de acero que la particular iluminación había transformado en oro oscuro. Esa noche, la torre Eiffel y yo éramos uno solo. Caminaba sobre el oro, respirando suavemente un aire tibio y húmedo de sabor extraño, atractivo, embriagador. Bajo mis pies, ciento veintitrés metros más abajo, París, recostada, se me entregaba. Sus luces centelleantes eran otros tantos guiños, otras tantas llamadas. Paciente, sabiéndose irresistible, esperaba que mi sangre acudiera a fecundarla.

«Otro paso...»

Había pensado, decidido e incluso preparado detenidamente ese acto. Lo había elegido, aceptado, integrado. Había resuelto serenamente terminar con una vida por completo carente de finalidad y sentido. Una vida –y esa convicción se había inscrito progresiva y terriblemente en mí– que ya no podía aportarme nada que valiese la pena.

«Un paso...»

Mi existencia era una sucesión de fracasos que había comenzado antes incluso de mi nacimiento. Mi padre –si se puede designar así al vulgar progenitor que fue– no me había juzgado digno de conocerlo: había dejado a mi madre en cuanto le anunció el embarazo.

¿Era con la intención de eliminarme por lo que ella iba a ahogar su desesperación en un bar parisino? Las numerosas copas que se bebió con el hombre de negocios norteamericano al que conoció no le hicieron sin embargo perder su lucidez. Él tenía treinta y nueve años, ella, veintiséis; estaba angustiada, y la relajación que mostraba la tranquilizaba. Parecía acomodado; ella, preocupada por su supervivencia. Intencionadamente, así se entregó a él esa misma noche, con cálculo y esperanza. De madrugada se mostró tierna y amorosa, y nunca sabré si fue con sinceridad o simplemente por debilidad que le respondió que sí, que si alguna vez se quedaba embarazada, quería que tuviese al niño y él se quedaría a su lado.

Lo siguió a Estados Unidos y, en el país de la obesidad, nadie se sorprendió de que yo viniese al mundo a los siete meses y medio pesando ya cerca de tres kilos. Se me dio un nombre de pila local y me convertí en Alan Greenmor, ciudadano norteamericano. Mi madre aprendió inglés y se integró como pudo en su comunidad de adopción. Lo que siguió fue menos glorioso. Mi nuevo padre perdió su empleo cinco años después y, ante la dificultad de encontrar uno en plena crisis económica anterior a Reagan, se dejó caer progresivamente en el alcoholismo. La espiral fue rápida. Se volvió gruñón, taciturno, depresivo. Mi madre estaba hastiada de su falta de entusiasmo y le reprochaba sin cesar su dejadez. Lo odiaba profundamente y buscaba permanentemente provocarlo. El menor de los detalles servía de pretexto para sus reproches. La ausencia de reacción de su cónyuge la

llevaba en seguida a ataques cada vez más personales, rayando el insulto. Parecía sentirse satisfecha cuando por fin él montaba en cólera, como si prefiriese su furia a su atonía. Yo estaba aterrorizado por su juego. Quería a mis padres y no soportaba verlos destruirse. Los enfados de mi padre eran escasos pero explosivos, y los temía tanto como mi madre los deseaba con evidencia flagrante. Obtenía, por fin, una reacción por su parte, una mirada a los ojos, una acción. Tenía un adversario que existía, que tenía una réplica. Disponía de una válvula de escape para su rencor acumulado, y se desataba verbalmente. Una tarde, él le pegó y me quedé menos traumatizado por su violencia que por el placer perverso que vi en el rostro de mi madre. Una noche en que su discusión fue particularmente terrible, ella le espetó que su hijo no era su hijo, y yo me enteré al mismo tiempo... Dejó la casa al día siguiente y no volvimos a verlo nunca más. Mi segundo padre acababa de dejarme, él también.

Mi madre luchó por mantenernos. Trabajó interminables horas durante seis días a la semana en una lavandería. Todas las tardes traía consigo olores químicos a casa, unos olores muy característicos que la seguían a todas partes adonde iba. Cuando venía a darme un beso a la cama antes de dormir, ya no reconocía el querido olor de mi madre, ese olor que antes me tranquilizaba y me invitaba al sueño envolviéndome en su ternura.

«Un paso, luego otro...»

Más tarde, pasó de un trabajito a otro creyendo en cada uno poder remontar, ser por fin ascendida, ganarse mejor la vida. Iba de amante en amante con la esperanza de retener a alguno, de refundar un hogar. Creo que un día se dio cuenta de que todas esas esperanzas concernientes a su vida eran vanas, y fue en ese momento cuando se centró en mí. Yo triunfaría allí donde ella había fracasado. Ganaría tanto dinero que ella también se beneficiaría de ello. A partir de ese momento, mi educación se convirtió en su prioridad absoluta. Fui conminado a llevar buenas notas a casa. En la mesa, nuestras conversaciones giraban en torno al colegio, a mis profesores, a mis resultados. Mi madre se convirtió en mi entrenador; yo era su pupilo. Hablando en francés con ella y en inglés con el resto de la gente, era

bilingüe de nacimiento. Repetía una y otra vez que disponía por ello de una baza mayor. Era seguro, me convertiría en un hombre de negocios internacional, o en un gran intérprete, ¿y por qué no en la Casa Blanca? No hay más que miserables que no tienen ambición. Un día, incluso me vio como ministro de Asuntos Exteriores. Tenía mucho miedo de decepcionarla, y me aplicaba en clase tanto como podía, obteniendo resultados prometedores que no hacían sino acrecentar sus expectativas y confirmar su estrategia.

Recibió un verdadero golpe el día en que se enteró de que en Estados Unidos las universidades eran de pago, y muy costosas además. Era la primera vez que veía a mi madre abatida hasta ese punto. Por un instante creí que iba a tomar el mismo camino que mi padre y se iba a convertir en un vegetal. Todos sus planes se vinieron abajo. Estaba definitivamente maldita. Hizo falta poco tiempo para que su naturaleza la volviera en sí. Obtuvo una cita con el director del instituto para convencerlo de que no se podía dejar a un joven ciudadano norteamericano en la cuneta, cuando sus brillantes resultados eran garantía de su capacidad para servir a su país si lo dejaban acceder a los altos cargos prometidos por la universidad. Debía de tener una solución para ello. ¿Existían becas o alguna otra cosa? Volvió a casa plétórica. Era muy simple, según ella. La solución tenía siete letras: DEPORTE. Si era bueno en el deporte, tenía grandes posibilidades de que una universidad me ofreciese los gastos de matrícula simplemente para poder unirme a su equipo y acrecentar así las oportunidades de victoria durante los torneos.

Fui, pues, sometido a una práctica física intensiva, sin que jamás me atreviese a confesarle a mi madre que siempre había odiado el deporte en grado sumo. Ella me exprimía hasta el límite, me estimulaba, me animaba, mientras observaba mis resultados con lupa. No pareció que se inmutara por las notas que había obtenido en el pasado, más bien mediocres. «Cuando se quiere, se puede», repetía cada dos por tres. Finalmente fue en el béisbol en lo que resulté ser menos malo. A partir de ese momento, viví únicamente por el béisbol. Para motivarme, colgó en la pared de mi cuarto pósteres de estrellas del equipo de Detroit, los Tigers. Me tomaba el desayuno en una taza con la imagen

de los Tigers. Me los encontraba en todos lados: en mi llavero, mis camisetas, mis calcetines, mi albornoz, mis bolis. Comía con los Tigers, escribía con los Tigers, me lavaba con los Tigers y dormía con los Tigers. En efecto, el béisbol me perseguía incluso en sueños: había llegado a patrocinar mi cerebro, a deslizar carteles en mis pensamientos. Mi madre hizo horas extras para poder pagar mi cuota en el club del barrio, donde me inscribió sin falta. Pasaba allí tres horas al día como mínimo, cinco el fin de semana. Los gritos del entrenador resuenan todavía en mis oídos años después. Me acuerdo también con asco del nauseabundo olor de los vestuarios después del esfuerzo, cuando mis compañeros se desvestían sudorosos. En pocos segundos, los cristales se cubrían de vaho y la atmósfera se volvía irrespirable. Odiaba ese deporte pero quería a mi madre, y habría hecho cualquier cosa para no decepcionarla. Había pasado su vida alimentando esperanzas, y me parecía que dejaría de vivir el día en que ya no esperase nada.

El tiempo me dio la razón: murió pocos años más tarde, el día después de mi entrega de diplomas en la universidad. Volví a encontrarme solo, con un máster en administración de empresas en el bolsillo que en realidad no había deseado. Había pasado mi escolaridad frecuentando a jóvenes con los que no compartía ni gustos ni aspiraciones, ni siquiera tenía amigos. Me ofrecieron un puesto de responsable adjunto en el área de contabilidad de proveedores en una gran firma. Si bien el salario era correcto, el trabajo se reveló rápidamente sin interés, pero no estaba decepcionado dado que no tenía ninguna expectativa. La vida de mi madre me había enseñado muy pronto que las esperanzas eran vanas.

«Un paso más...»

Después de unos años de existencia vacía y sin objeto, me mudé a Francia casi sin pensar. ¿Era ése el deseo inconsciente de recuperar el contacto con mis orígenes, o tenía la intención de desandar la vida miserable de mi madre recorriendo el camino inverso? No lo sé. Pero lo cierto es que me encontraba en París y, poco tiempo después, decidí quedarme. La ciudad era bonita, pero ésa no era la razón. Había algo más: una intuición o un presentimiento de que mi destino pasaba por allí. En ese momento no sabía aún que muy pronto querría morir allí.

Busqué un empleo y obtuve una entrevista con uno de los responsables de Dunker Consulting, una agencia de selección de personal que buscaba ejecutivos contables para grandes empresas. El tipo me dijo que no era apto para el puesto, ya que la contabilidad francesa se regía por reglas extremadamente diferentes de la anglosajona. Nada que ver. «Debería retomar usted sus estudios partiendo de cero», dijo con una ocurrencia que no lo hizo reír sino a él, cada una de sus carcajadas nerviosas provocando pequeños sobresaltos que hacían vibrar los pliegues de su papada. Me quedé de piedra. En cambio, afirmó, mi conocimiento del sector en su conjunto, ligado a mi cultura americana, hacía mi candidatura deseable, en el seno de su propia empresa, para ser consultor de selección. Sus principales clientes eran, en efecto, grandes empresas estadounidenses, y apreciarían que sus contrataciones de contables fuesen confiadas a un norteamericano. «Imposible —repliqué—, la contratación no es mi campo, no sé absolutamente nada al respecto.» Compuso una sonrisa perversa, el viejo acostumbrado al malestar de la joven que confiesa en el último momento que es virgen. «De eso nos encargamos nosotros», declaró con aire cómplice.

Así pues, me reclutaron y me encontré embarcado en dos semanas de formación intensiva, en compañía de otros jóvenes que iban a contribuir al desarrollo constante de la agencia. La media de edad era de treinta años, en mi opinión, extremadamente baja para ejercer esa profesión. Para mí, evaluar las cualidades y aptitudes de un candidato era como juzgar a un ser humano, y estaba angustiado por tener que asumir semejante responsabilidad. Por lo visto, ese miedo no era el de mis colegas de formación: era manifiesto que sentían placer metiéndose en el respetable traje del entrevistador, tomándose muy en serio, encarnando ya la función. El sentimiento por todos compartido en el grupo era el de pertenecer a una cierta élite. El orgullo no dejaba sitio a la duda.

Durante quince días se nos enseñaron los secretos del oficio: un método de conducir entrevistas de trabajo, simple pero sensato, así como una retahíla de técnicas milagrosas que hoy considero necedades.

Aprendí que, después de recibir a un candidato, había que quedarse en silencio unos instantes. Si el aspirante tomaba él mismo la pala-

bra, nos veíamos sin duda ante un líder. Si esperaba pacientemente a que se la diésemos, el perfil de seguidor se dibujaba ya tras su actitud reservada.

Teníamos que invitarlo a presentarse de forma muy abierta: «Hábleme de usted», sin hacer preguntas muy precisas de entrada. Si el candidato se embalaba él solo, era alguien autónomo. Si nos preguntaba de antemano nuestras preferencias, por ejemplo, comenzar por sus estudios o más bien remontarse en el tiempo desde su último puesto ocupado, entonces la falta de iniciativa lo caracterizaba. ¡El personaje llevaba un borrego dentro!

Nos ejercitábamos por parejas poniendo en práctica las técnicas enseñadas, con ayuda de los *role-playing*: uno de nosotros ejercía el papel del entrevistador mientras que el otro se metía en la piel del candidato, inventando un guión, una trayectoria profesional, a fin de que el consultor pudiese entrenarse en la conducción de la entrevista y hacer preguntas para poner al desnudo la «verdad» del candidato.

Lo más asombroso, para mí, era sin duda la atmósfera competitiva que reinaba durante los ejercicios. Cada uno trataba de cazar al otro, visto como un mentiroso que desenmascarar o un enemigo que engañar. Lo más divertido era que el formador, él mismo consultor de Dunker Consulting, entraba igualmente en la competición, obteniendo un maligno placer en poner en evidencia los olvidos o las torpezas. «¡Te están ganando!», era su frase favorita, pronunciada con tono burlón, mientras supervisaba los *role-playing* deslizándose entre las parejas que hacían el ejercicio. El sobrentendido era que él habría sabido hacerlo.

Dos semanas más tarde fuimos declarados aptos para el servicio.

Me encontré pasando mi jornada detrás de una mesa, escuchando a tímidos hombres de números contarme su trayectoria, la tez encendida por los nervios mientras trataban de hacerme creer que sus tres principales defectos eran el perfeccionismo, un rigor muy acusado y una tendencia al agotamiento. Estaban lejos de creer que yo era todavía más tímido que ellos, que estaba todavía más incómodo. Sólo tenía un poco más de suerte, ya que mi papel me otorgaba una ventaja en absoluto desdeñable: hacer hablar más que hablar. No obstante,

temía siempre el momento en que estuviese forzado a anunciarles a nueve candidatos de diez, como un juez sin piedad, que su expediente no se ajustaba al perfil buscado. Me parecía como si estuviera anunciándoles una condena a la esclavitud. Mi malestar aumentaba el suyo, que reforzaba el mío, en un círculo vicioso infernal. Me ahogaba en ese papel, y el ambiente dentro de la agencia no relajaba la atmósfera. Los valores humanos mostrados eran pura fachada. La realidad cotidiana era dura, fría, competitiva.

Fue Audrey quien me permitió sobrevivir un tiempo en ese contexto. La conocí un domingo por la tarde en Mariage Frères, calle de Grands-Augustins. Bastaba que entrase en ese lugar aislado del tiempo para sentirme en paz. Tan pronto como empujaba la puerta, el primer paso sobre el viejo parquet de roble que crujía bajo los pies lo sumía a uno en el ambiente refinado de una tienda de té bajo el imperio colonial francés. Desde la entrada, uno se sentía cautivado por los olores mezclados de cientos de variedades cuidadosamente conservadas en inmensos tarros de época, y esos aromas lo transportaban a uno en un instante al Extremo Oriente del siglo XIX, adonde la mente se evadía en seguida. Bastaba con cerrar los ojos para imaginarse a bordo de un velero cargado de viejas cajas de madera llenas de preciosas hojas antes de atravesar, durante largos meses, los mares y los océanos.

Mientras pedía cien gramos de Sakura 2009 al joven apostado tras el mostrador, ella me susurró al oído que el Sakura Imperial era más fino. Me volví, sorprendido de que una desconocida me dirigiese la palabra en una ciudad en la que cada uno permanece en su burbuja e ignora con soberbia a los demás. Me dijo: «¿No me cree? Venga, voy a dárselo a probar», y, cogiéndome de la mano, me arrastró a través de la sala, colándose entre los clientes y las colecciones de teteras de tierras lejanas, en dirección a la escalerita que llevaba al piso en el que se encontraba el salón de degustación. Ambiente íntimo y elegante. Los camareros en traje de lino crudo se deslizaban silenciosamente entre las mesas con actitud ceremoniosa. Con mi ropa informal, tenía la impresión de ser un anacronismo en mí mismo. Nos sentamos en un rincón, frente a una mesita con mantel blanco y servicio de plata y tazas de porcelana con la efigie de la ilustre casa. Audrey pidió

los dos tés, unos *scones* muy calientes y una «quemadura», la especialidad que, según ella, era imprescindible que probase. Disfruté en seguida con nuestra conversación. Era estudiante de bellas artes y vivía en una habitación encaramada bajo los tejados, en el barrio. «Ya verás, es muy mona», me dijo, dejándome así saber que nuestra entrevista no se detendría en la puerta de Mariage Frères.

Su habitación era, en efecto, encantadora, minúscula y abuhardillada, con viejas vigas en el techo y un tragaluz que daba sobre una sucesión de tejados grises cuyas vertientes inclinadas parecían salir en todas direcciones. Sólo faltaba una luna creciente y uno habría creído estar en *Los aristogatos*. Audrey se desvistió con una gracia natural, y de inmediato me gustó su cuerpo, de una delicadeza a la que no estaba acostumbrado. Sus hombros y sus brazos eran de una finura exquisita, que no se encuentra en una chica criada con cereales y con deporte intensivo. Su piel divinamente blanca contrastaba con sus cabellos, y sus pechos, Dios mío, sus pechos eran... sublimes, simple y llanamente sublimes. Cincuenta veces durante la noche le agradecí que no llevara perfume, mientras me deleitaba con el olor voluptuoso de su piel en cada punto de su cuerpo, embriagador como una droga. Esa noche permanecerá en mí más allá de mi muerte.

Nos despertamos abrazados a la mañana siguiente. Yo corrí a buscar unos cruasanes y subí sin aliento los seis pisos de su escalera. Me arrojé en sus brazos y volvimos a hacer el amor. Por primera vez en mi vida, experimentaba la felicidad. Era una sensación nueva, extraña. Estaba lejos de temerme que prefigurara la caída de la que no me levantaría nunca.

Durante cuatro meses, mi vida giró en torno a Audrey. Colonizaba mis pensamientos por el día y mis sueños por la noche. Su horario en bellas artes era un gruyer que le dejaba no poca disponibilidad. A menudo llegábamos a vernos en pleno día, entre semana. Pretextaba una cita con un cliente e iba a pasar una hora o dos con ella en una habitación de hotel que alquilábamos en las proximidades. Me sentía un poco culpable. Sólo un poco: la felicidad lo vuelve a uno egoísta. Un día estaba en el despacho cuando Vanessa, la secretaria del área, me llamó para decirme que mi candidata había llegado. No esperaba a

nadie pero, como mi organización dejaba mucho que desear, tuve dudas y le pedí que la hiciera subir. Prefería recibir a una candidata para nada antes que suministrarle a Vanessa pruebas de mi desorganización. Le habría bastado menos de media hora para que mi jefe de área lo supiera. Esperé en el umbral de mi puerta y a punto estuve de desmayarme al ver, al otro lado del pasillo, a Vanessa escoltando a Audrey disfrazada de contable, con una coleta, vestida con un traje ceñido y unas gafitas de montura metálica que no le conocía. Le di las gracias a Vanessa con la voz atascada en la laringe y volví a cerrar la puerta de mi despacho tras Audrey. Ella se quitó las gafas con un gesto sugerente y una ligera mueca en los labios, y de inmediato supe sus intenciones. Tragué saliva y sentí una oleada de terror recorrer mi cuerpo. La conocía lo bastante como para saber que nada la detendría.

La mesa de mi despacho se convirtió ese día en un mueble que ya nunca vería con los mismos ojos. Estaba muerto de miedo porque nos sorprendieran. Audrey estaba loca, pero me encantaba.

Cuando me dejé, cuatro meses más tarde, mi vida se detuvo de pronto. Sin que conociese las razones, sin haber tenido la menor sospecha previa, una tarde cogí de mi buzón un sobrecito. En el interior, una palabra, una sola, con su reconocible escritura: «Adiós.» Me quedé paralizado en la entrada de mi edificio, delante de mi buzón todavía abierto. La sangre se coaguló en mis venas. Mi cabeza zumbó. Estuve a punto de vomitar. Me dejé deslizar al viejo ascensor de madera, que me escupió en mi piso, y entré, choqué, en mi apartamento. Todo temblaba a mi alrededor. Me dejé caer sobre el canapé y sollocé. Al cabo de un buen rato, me levanté de repente. Era imposible, simple y llanamente imposible. Debía de ser una broma, u otra cosa, no lo sabía, pero era imposible que fuese cierto. Me abalancé sobre el teléfono y traté de llamarla. Oí cien veces el mensaje de bienvenida de su contestador y, cada vez, su voz me parecía un poco más neutra, más distante, más fría. Le puse fin cuando su aparato, saturado, dejó de admitir mensajes. Lentamente, una sensación lejana pero familiar emergió de lo más profundo de mí, volviendo poco a poco a la superficie. «Es normal, normal –decía esa sensación–, es muy normal que me dejen. Es así. Uno no lucha contra su propio destino, Alan...»

Fue en ese instante cuando descubrí que mi muerte era evidente. No fue un impulso. No me arrojaría bajo un tren. No, simplemente era una evidencia que se me imponía. Pasaría al otro lado, y todo iría bien. Me tocaba elegir el lugar, el momento, nada me presionaba. No era un deseo morboso, masoquista. En absoluto. Tampoco era para poner fin a mi sufrimiento, por enorme que éste fuera. El más allá me atraía, suave, irresistiblemente, y tenía el extraño sentimiento de que allí se encontraba mi lugar, de que allí se expandiría mi alma. Mi vida sobre la tierra no tenía razón de ser. Había tenido la intención de aferrarme a ella, de hacer como si nada ocurriera, y la vida me había enviado a Audrey para darme a conocer un dolor insostenible y llevarme así a mirar por fin mi destino de frente, de mirarlo a los ojos.

El lugar me fue sugerido por mi memoria, y sin duda no fue por azar que lo hubiera conservado en ella, en uno de sus misteriosos compartimentos. Había leído poco tiempo antes, en una revista olvidada por Audrey, un artículo objeto de polémica, de un tal Dubrovski o un nombre parecido. El autor exponía su teoría sobre el derecho al suicidio, y su idea según la cual, si hay que suicidarse, mejor hacerlo bien. Además, revelaba un lugar apropiado al que llamaba poéticamente «el vuelo de su vida». La torre Eiffel, explicaba, estaba completamente vigilada salvo en un punto que era bueno conocer. Había que subir a Le Jules Verne, el lujoso restaurante de la segunda planta, dirigirse a los baños de mujeres y luego empujar la pequeña puerta con el cartel de «Privado», situada a la izquierda del lavabo, que se abría a una habitación minúscula que hacía las veces de armario escobero. La ventana no tenía barrotes y daba directamente sobre las viguetas. Me acordaba de esos detalles como si los hubiese leído esa misma mañana. Morir en la torre Eiffel era algo grande. Una revancha contra una vida mediocre.

«Un paso más...»

Tenía que avanzar lo bastante para llegar a un lugar propicio donde el espacio por debajo de mí estuviese por completo libre de toda estructura metálica.

No dejaba nada tras de mí, ni un amigo, ni un pariente, ni una afición, nada que pudiese hacer que me lamentara de mi acto. Estaba listo, en cuerpo y alma.

«Un último paso...»

Ya estaba. El *sitio bueno*. Me quedé inmóvil. El aire que respiraba me parecía... delicioso, un néctar divino. Estaba solo conmigo mismo, y mi conciencia comenzaba ya a abandonarme. Me llegó la inspiración e hice girar lentamente mis pies hacia la derecha, hacia el abismo que no miraba pero del que sentía su presencia, su belleza.

Me hallaba a la altura de la rueda del ascensor privado de Le Jules Verne, que permanecía quieta enfrente de mí. Tres metros de vacío nos separaban. Desde donde me encontraba, no veía más que el corte estriado que sujetaba el cable que la recorría y luego la sumía en el vacío. El vacío... El restaurante daba al otro lado. Nadie podía verme. No me llegaba ningún ruido procedente del salón. Nada más que el suave zumbido del silencio de la noche. Y siempre esas luces vacilantes a lo lejos, atractivas, hipnóticas..., y ese aire tibio, embriagador, inundándome de un bienestar sobrenatural. La mayor parte de mis pensamientos me habían abandonado, ya no habitaban en mi cuerpo. Ya no era yo. Me fundía con el espacio, con la vida, con la muerte. Ya no existía como ser distinto. *Yo era* la vida. Yo...

«Una tos...»

Eso me sacó de mi estado por un momento, como el chasquido de dedos de un hipnotizador pone fin al trance de su paciente.

A mi derecha, al final de la vigueta, estaba de pie un hombre que me miraba directamente a los ojos. De unos sesenta años. Cabellos plateados. Un traje oscuro. Su mirada, iluminada por el reflejo de una luz de la torre, parecía salir de la nada. Me acordaré toda la vida de esa mirada azul acero que le helaba la sangre a uno.

Un sentimiento de ira se mezcló con mi sorpresa. Había tomado todas las precauciones para no ser visto. Estaba seguro de que nadie me había seguido. Tenía la impresión de hallarme en una mala película donde un salvador llega como por ensalmo en el momento propicio para impedir un suicidio.

Había malgastado mi vida, otros se habían adueñado de ella. Mi muerte me pertenecía. Sólo a mí. Ni hablar de dejar que cualquiera tratara de retenerme, de convencerme con argumentos tranquilizadores de que la vida era a pesar de todo bella o de que otros eran más

desgraciados que yo, o no sé qué más. De todas formas, nadie podía comprenderme y, por otra parte, yo no pedía nada. Más que nada en el mundo, quería estar solo. Solo.

—Déjeme. Soy un hombre libre. Puedo hacer lo que quiera. Váyase.

Me miró en silencio, y tuve en seguida el sentimiento confuso de que algo fallaba. Parecía... relajado. Sí, eso es, irelajado!

Se llevó el cigarro a la boca tranquilamente.

—¡Vamos, salta!

Me quedé paralizado ante sus palabras. Me lo esperaba todo salvo eso. ¿Qué era ese tipo?, ¿un degenerado? ¿Quería verme saltar y gozar con ello? ¡Mierda! ¡Algo así sólo podía sucederme a mí! ¡No era posible! ¿Qué coño le había hecho yo, Dios mío? Echaba pestes. Estaba loco de rabia, una rabia contenida que me quemaba el rostro. No daba crédito. No era posible, simplemente no era posible, no...

—¿A qué esperas? —dijo con toda la tranquilidad del mundo—. ¡Salta!

Estaba completamente desencajado por la situación. Mis pensamientos se entrecrocaban sin lograr concentrarse.

Logré articular unas palabras.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere de mí?

Le dio una calada con calma a su cigarro y retuvo el humo un rato, antes de liberarlo en volutas ligeras que se desvanecían en mi dirección. Su mirada clavada en la mía me paralizaba. Ese tipo tenía un carisma que haría que se doblegara incluso la mismísima torre Eiffel.

—Estás enfadado. Pero sufres mucho en lo más profundo de ti —dijo en tono calmado, con un ligero acento que me resultó desconocido.

—Eso no es difícil de adivinar.

—Eres terriblemente desgraciado y ya no soportas vivir.

Sus palabras me turbaron y me llevaron a volver a sentir mi dolor. Acabé asintiendo con la cabeza. El silencio me pareció pesado.

—Digamos que... he tenido grandes problemas toda mi vida.

Una lenta, muy lenta calada al cigarro.

—No hay grandes problemas. No hay más que personas pequeñas.

Una oleada de ira me subió al rostro. Sentí la sangre latir en mis sienas, que comenzaron a arderme. Tragué saliva.

—Qué fácil aprovecharse de mi situación para humillarme. ¿Por

quién me toma? Y usted, por supuesto, ¿sabe resolver todos sus problemas?

Con un aplomo increíble, me respondió tranquilamente:

–Sí. Y los de los demás también.

Comenzaba a sentirme mal. Ahora era plenamente consciente de estar rodeado por el vacío. Creo que comenzaba a tener miedo. El miedo había acabado por encontrar su camino y se insinuaba en mí. Las palmas de mis manos se humedecieron. Sobre todo, no debía mirar abajo.

–Es verdad que, si saltas, tus problemas desaparecerán contigo...
–dijo–. Estaréis en paz. Pero la situación no es así de justa...

–¿Qué quiere decir?

–Eres tú, una vez más, quien va a sufrir. Tus problemas no sentirán nada. No es muy... equilibrado, como solución.

–No se sufre saltando de una torre. El golpe es tan violento que simplemente se deja de vivir sin tener tiempo de sentir lo que sea. Ningún dolor. Me he informado.

Rió suavemente.

–¿Qué es lo que lo hace reír?

–Eso es cierto, si partes de la hipótesis de que todavía sigues con vida en el momento en el que chocas contra el suelo... Es ahí donde te equivocas: nadie llega abajo vivo.

Una larga calada al cigarro. Me sentía cada vez peor. Una especie de mareo. Necesitaba sentarme en algún sitio.

–La verdad –volvió a decir, tomándose su tiempo– es que todo el mundo muere durante la caída de una crisis cardíaca provocada por el horror, el horror abominable de la bajada y la visión insoportable del suelo que se acerca a doscientos kilómetros por hora. Son abatidos por un miedo atroz que les hace vomitar las tripas antes de que su corazón estalle. Los ojos se les salen de las órbitas en el momento de la muerte.

Mis piernas flaquearon y estuve a punto de desmayarme. La cabeza me daba vueltas. Sentía unas náuseas extremas. No mirar abajo. Sobre todo, no hacerlo. Permanecer erguido. Concentrarme en él. No quitarle los ojos de encima.

–Tal vez tenga algo que proponerte –dijo después de un silencio, articulando lentamente.

Me quedé mudo, prendido de sus labios.

–Una especie de trato entre nosotros –continuó, dejando flotar las palabras en el aire.

–¿Un trato? –balbucí.

–Éste: tú renuncias a quitarte la vida y yo me ocupo de ti, de volver a ponerte en el buen camino, de hacer de ti un hombre capaz de gobernar su vida, de resolver sus problemas, e incluso de ser feliz. A cambio...

Le dio una nueva calada al cigarro antes de continuar:

–A cambio, deberás comprometerte a hacer todo lo que yo te diga. Deberás comprometerte... con la vida.

Sus propuestas me turbaron en grado sumo, y eso se añadió a mi malestar. Tenía que hacer un esfuerzo considerable por concentrarme, volver en mí y lograr reflexionar.

–¿Qué entiende usted por «comprometerse con la vida»?

Silencio.

–Deberás respetar tu compromiso.

–Y ¿si no?

–Y si no..., no seguirás con vida.

–¡Habría que estar loco para aceptar semejante trato!

–¿Qué tienes que perder?

–¡¿Por qué iba a poner mi vida en manos de un desconocido a cambio de una felicidad hipotética?!

Su mirada cobró la seguridad de un jugador de ajedrez que sabe que acaba de arrinconar a su adversario.

–Y ¿qué vas a obtener a cambio de tu muerte segura? –dijo señalando el vacío con la punta de su cigarro.

Cometí el error de mirar en la dirección indicada y quedé presa de un violento vértigo. La visión me aterrorizó y, al mismo tiempo..., el vacío me llamaba, como para liberarme de la horrorosa angustia que se adueñaba de mí. Habría querido echarme cuan largo era sobre la vigueta y quedarme inmóvil esperando auxilio. Escalofríos de nervios incontrolables recorrían mis miembros. Era atroz, insoportable.

«La lluvia...»

La lluvia comenzaba a caer ahora... La lluvia. Dios mío... La vigueta de metal se convertiría en una pista de patinaje. Cinco metros

me separaban del hombre, de la ventana, de la salvación. Cinco metros de una vigueta estrecha y... resbaladiza. Tenía que concentrarme. Sí, eso es, concentrarme. Sobre todo permanecer muy erguido. Coger aire. Tenía que girarme lentamente hacia la derecha, pero... mis piernas ya no podían moverse. Mis pies estaban como pegados al metal. Haber permanecido demasiado tiempo en esa postura había paralizado mis músculos, que ahora ya no respondían. El vértigo era una bruja maléfica que había hechizado a su víctima. Mis piernas comenzaron a temblar, primero imperceptiblemente, luego cada vez más fuerte. Mis fuerzas me abandonaban.

«La rueda...»

La rueda giraba... El ruido del ascensor, que se ponía en marcha. La rueda empezó a echar agua. La rotación se aceleró mientras se oía el ascensor coger cada vez más velocidad en su bajada. El agua arrojada me alcanzó, fría y cegadora. Ensordecedora. Perdí el equilibrio y me encontré en cuclillas, todavía bajo el acoso de la cascada. A través del tumulto oí gritar al hombre con voz imperiosa:

—¡Ven por aquí! ¡Mantén los ojos abiertos! ¡Pon tus pies uno delante del otro!

Obedecí, sometiéndome a su autoridad, obligándome a no escuchar más que sus órdenes y a olvidar mis pensamientos y mis emociones sin embargo desbordantes. Di un paso, luego otro más, como un robot, ejecutando mecánicamente cada una de sus directrices. Logré salir de la cascada y avanzar luego, en estado de trance, hasta su altura. Levanté entonces un pie para franquear la viga horizontal que me separaba de él, pero el hombre cogió con autoridad la mano temblorosa y chorreante que le tendía y me detuvo en mi impulso empujándome hacia atrás. Me quedé tan sorprendido que proferí un grito. Estuve a punto de vacilar sobre el vacío, desequilibrado por su fuerza, pero su mano de hierro me sujetaba firmemente.

—¿Y bien?, ¿te comprometes?

El agua corría por su rostro guiada por las arrugas. Sus ojos azules eran fascinantes.

—Sí.